zara de aquellas damas, cerraron escandalizadas su tienda; mas, viendo que la estatua llevada en andas estaba detenida ante su puerta, y oyendo los agudos golpes que á la misma daban las sacerdotisas de Venus, se vieron obligadas á abrir.

—¿Que queréis?—dijo Justa presentándose la primera.

—Limosna para costear la fiesta,—respondió la gran sacerdotisa.

—La limosna ha de ser para los pobres,—dijo la virgen cristiana,—nunca para un vil prostituta, como la estatua que aquí lleváis.

Al oir ésta para ellas blasfemia, las damas todas se horrorizaron, y se movió tal alboroto que dejaron caer dentro de la tienda la estatua de Venus.

Viendo las dos hermanas dentro de su casa aquella asquerosa figura, cojiéronla y la arrojaron con fuerza á la calle, y, estrellándose contra el empedrado, se hizo mil pedazos.

Las mujeres gentiles y las sacerdotisas de Venus dieron grandes gritos diciendo:

—Mueran las insensatas que así maltratan á nuestros Dioses;—y, arrojándose sobre las dos hermanas, á empellones, á bofetadas y á puñetazos las llevaron ante el Presidente de Sevilla, repitiendo:

—Mueran las cristianas, las insensatas que atropellan á nuestros Dioses.

El Presidente se empeñó en que las dos vírgenes habían de renegar de la fe de Jesucristo; pero ellas se mantuvieron firmes á pesar de los crueles tormentos á que se las sometió.

Poco después el Presidente dispuso, como se acostumbraba entonces, que se las hiciera viajar á pié descalzo